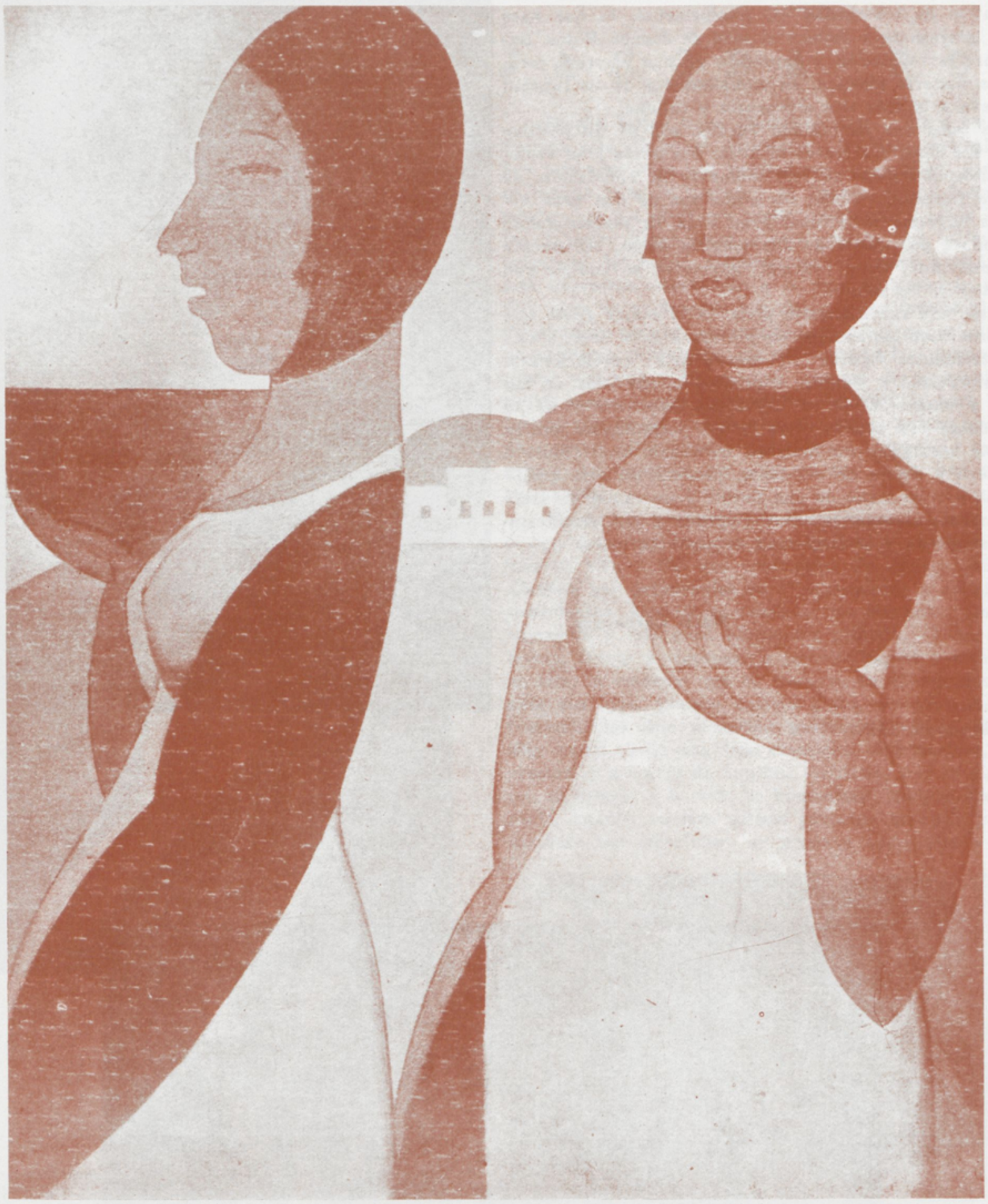
CARLOS MERIDA



"FIGURAS" óleo de Mérida

Ensayo sobre el arte del trópico

por LUIS CARDOZA ARAGON

A JOSE VASCONCELOS.

Nada es más suntuoso, más opulento, que nuestros trópicos. Ante los ojos de cada hombre, todos los días, el sol se abre el vientre en un harakiri inaudito de colores. Y aún esos ojos, que han vivido su experiencia en aquella bacanal de matices, no se habitúan nunca y sienten, constante, su novedad maravillosamente virgen.

Los colores entran por los ojos, por las manos que cortan frutos capitosos—senos de los vegetales—; los colores suben por el pie que pisa la tierra, por el cuerpo metido en la cuba inmensa del barniz del sol.

Si en México la raza madre—la Maya—no tiene la variedad armonía, magnificencia, lujuria del color de las telas de mayas en tierras guatemaltecas, en cambio la cerámica se abrió gloriosamente. Difícil es oponer en riqueza imaginativa, superoriental, a la sabiduría de las manos de nuestros abuelos que, de maneras tan poéticas, redimían la tierra en sus vasijas y fijaban el ímpetu del trópico en sus rocas. Sobre todo el color: ¡qué calidoscopio de milagros, qué aristocrático gusto profundamente clásico, cuánta intuitiva sensibilidad, delicadeza singular y transcendental por el color en nuestra raza!

Raza gloriosa, es mengua que muchos de tus hombres, sin conocerlo, o acaso por postales, canten Versalles, la tisis europea de Musset, etc., etc., en vez de sollozar de orgullo y esperanza ante las ruinas de Uxmal, los monolitos de Quiriguá o la pirámide de Teotihuacán.

O una calidad de obra libertada de todo ambiente: francamente universal, cosida directamente al esqueleto de todos los hombres, como obras sin fecha, sin patria, regionales en el sueño o en la realidad humana, humana en el más amplio sentido filosófico. La poesía (sea música, pintura, etc.), no tiene patria: hay

(*Pasa a la página 31*)